

**Envía tu Espíritu,
Señor; y repuebla
la faz de la tierra.**

-Salmo 103-



PENTECOSTÉS



**SI SIENDO
BARRO SOY
ALGO ES
PORQUE DIOS,
HABITA EN MÍ.**



Juan 20,19-23

**"Como el Padre
me ha enviado,
así también os
envío yo. Recibid
el Espíritu Santo."**



El principal encargo de Jesús a los discípulos, la misión, es el objetivo último de todas sus apariciones. Hoy Jesús viene a romper nuestra coraza, a abrir nuestras puertas cerradas por miedo, a levantar esa venda para airear y curar nuestra herida. Y lo hace mostrándonos las suyas, ya gloriosas. ¡El ha vencido a la muerte! Igual que una madre sopla sobre la herida de su hijo para aliviarla, Jesús viene a aliviar con su soplo el mal que nos aflige.



El Espíritu Santo consuma la revelación de la Trinidad; inicia el tiempo del testimonio, el tiempo de la Iglesia; realiza la comunión, una unidad en la diversidad; nos capacita para la alegría, el perdón y la paz. Sin el Espíritu no podríamos decir “Jesús es el Señor” ni “Abba, Padre”. El Espíritu Santo enciende la llama del amor en nosotros, protagonistas de la misión salvífica de Jesús en la vida cotidiana allí donde estamos, en este mundo y en este siglo.



Sabiduría



Entendimiento



Consejo



Fortaleza

DANOS SEÑOR
LOS DONES
DEL ESPÍRITU SANTO



Ciencia



Temor de Dios



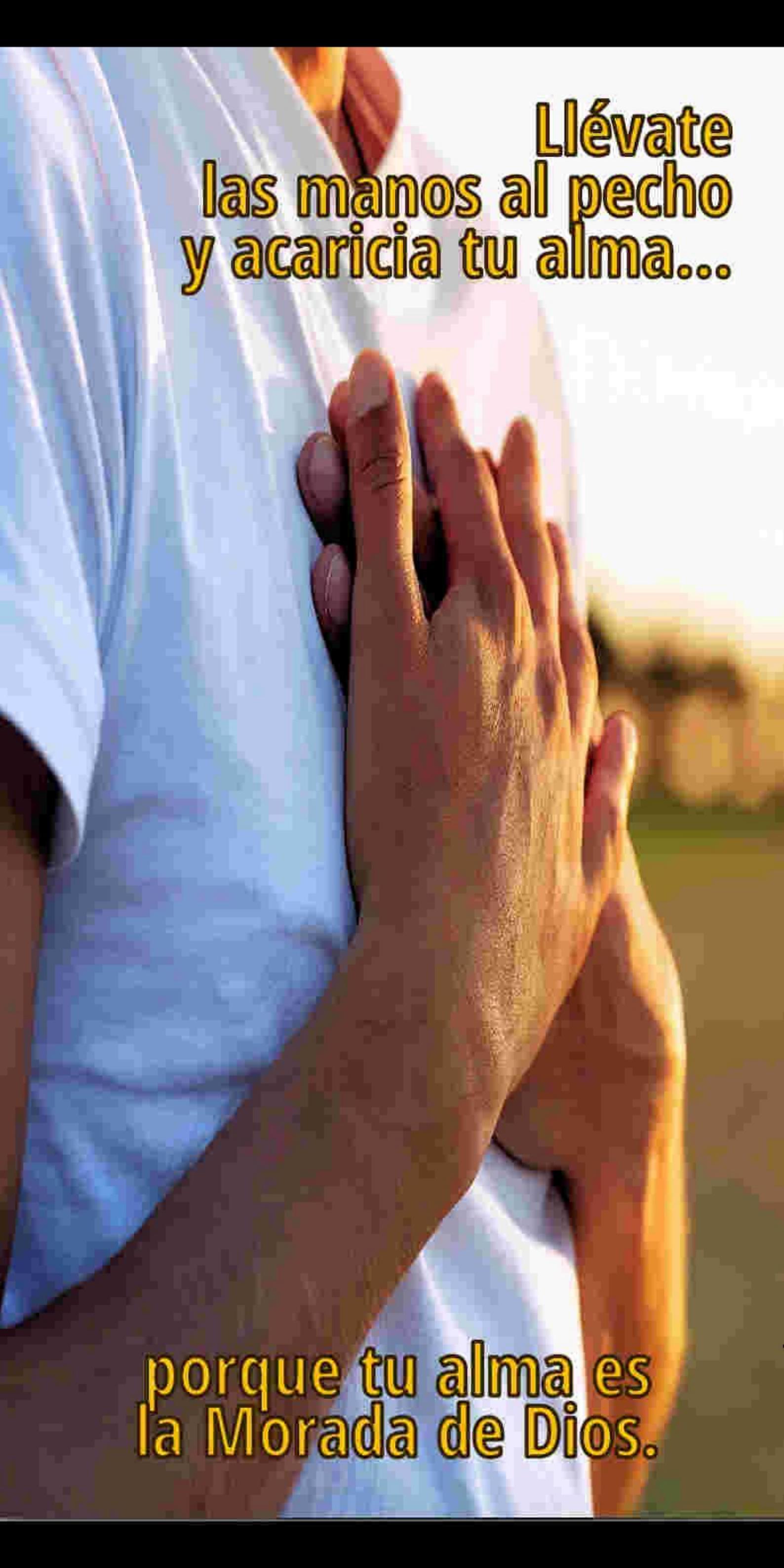
Piedad

El Espíritu Santo es la fortaleza de Dios que Jesús nos envía en medio del mundo para vivir el Evangelio de la misericordia construyendo el

Reino: es Dios actuando en nuestra vida como luz, fuerza, aliento, ardor, paz, amor. Todos tenemos como fundamento de nuestro ser a Dios-Espíritu, aunque no seamos conscientes de ello. Cada uno de nosotros estamos impregnados de ese Espíritu-Dios que Jesús dio a los discípulos. Y sin El, nada somos.



A veces huimos hacia dentro. Nos encerramos en nosotros mismos tratando de escapar de nuestros problemas, creando un caparazón impenetrable alrededor de nuestro corazón. La herida es tan dolorosa que preferimos taparla con una venda para que nadie la vea. El Espíritu tiene como misión hacernos ser nosotros mismos: Ven, Espíritu Santo, ayúdanos a vencer nuestro pecado, nuestro dolor, nuestro miedo. Danos la paz y la alegría.



Llévate
las manos al pecho
y acaricia tu alma...

porque tu alma es
la Morada de Dios.